


FOND  DITORIAL ESTADO DE MÉXICO

TEPOTZOTLÁN

Diego Alberto Poot Grajales



TEPOTZOTLÁN

Pueblo Mágico

Arte en piedra y madera,
esplendor del barroco churrigueresco







TEPOTZOTLÁN

Pueblo Mágico

Arte en piedra y madera,
esplendor del barroco churrigüesco



Diego Alberto Poot Grajales

Fotografía

Marco Antonio Ortiz Martínez

foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Ivett Tinoco García
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros: Ivett Tinoco García, Rodrigo Jarque Lira, Gerardo Monroy Serrano, Margarita Neyra González

Secretario Ejecutivo: Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico: Alejandro Pérez Sáez, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

Tepotztlán

© Primera edición en formato digital: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2023

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

© Diego Alberto Poot Grajales, por el texto

© Marco Antonio Ortíz Martínez, por las fotografías

© SECRETARÍA DE CULTURA.-INAH.-MEX; Reproducción Autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, por las fotografías de los monumentos históricos y/o inmuebles catalogados.

ISBN: 978-607-59906-2-0

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/O9/27/23

Hecho en México / *Made in Mexico*

Fotografías de portada y contraportada: fachada del Templo de San Francisco Javier y panorámica de los Arcos del Sitio, respectivamente, en Tepotztlán.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Presentación



En el centro de la nación mexicana, en el corazón de la patria, se distingue un territorio que representa apenas 1% de la extensión total de la República. Se trata de nuestro Estado de México: entidad de reducidas dimensiones geográficas, pero poseedora de una grandeza natural, histórica y cultural que es orgullo de sus habitantes.

Ser mexiquense es asumir la experiencia caleidoscópica y cotidiana de vivir en un escenario signado por la pluralidad y la diversidad de lenguajes, climas, comidas y sueños. Modelado por las huellas de los ancestros y forjado por la mano creadora de los hombres del presente, el Estado de México es una tierra pródiga en saberes y sabores, sitios arqueológicos, arquitectura colonial y moderna, fiestas y festivales, artesanías, tradición oral, sitios y atractivos naturales.

La publicación de la Colección Mosaicos Regionales se enmarca en la política pública editorial que el Gobierno del Estado de México ha diseñado para promover el conocimiento de los valores culturales que nos identifican, y que son un timbre de legítimo orgullo de los mexiquenses.

Inspiran a esta colección las denominaciones de Pueblos Mágicos y Pueblos con Encanto, que han recibido varios municipios del Estado de México, ejemplos emblemáticos de dicho conjunto de valores, los cuales

nutren el patrimonio tangible e intangible, e ilustran puntualmente la multiculturalidad que nos es propia.

Al revalorar y difundir la riqueza cultural de nuestros municipios, queremos fortalecer, por un lado, los signos de identidad y pertenencia de los habitantes oriundos y, por otro, extender una invitación entrañable para que los visitantes vayan más allá del aspecto turístico y se interesen por los rasgos más genuinos de esta tierra privilegiada.

ALFREDO DEL MAZO MAZA

Gobernador Constitucional del Estado de México

Páginas 4 y 5:
el Templo de San
Francisco Javier señorea
la Plaza de la Cruz.

Página 6:
el Atrio de los Olivos
invita a recorrer sus
senderos de piedra bola.

Acueducto de Xalpa,
obra maestra de la
ingeniería hidráulica
de los jesuitas.





Introducción

Siempre es motivante iniciar un proyecto, realizar un viaje, emprender un negocio o un nuevo empleo que cubra ciertas expectativas e inquietudes personales. Sobra decir que eso y más es esta oportunidad de transmitir la experiencia, a través de la Colección Mosaicos Regionales del Fondo Editorial Estado de México, de un recorrido por la historia de un lugar extraordinario, forjado por hombres cultos que marcaron su paso por Nueva España y dejaron un vasto legado en obras arquitectónicas de gran belleza. Me refiero, desde luego, al Excolegio Jesuita, hoy Museo Nacional del Virreinato –Patrimonio Cultural de la Humanidad a partir de 2010, en el rubro de Itinerario Cultural, del Camino Real de Tierra Adentro– en Tepotzotlán que es, además, el primer Pueblo Mágico de la entidad mexiquense.

Diré de entrada que esta región se distingue por su riqueza natural y cultural, lo que la ha convertido en el destino favorito de la zona norte del Estado de México. Por eso, a manera de visita guiada, en este texto mis ojos serán los de ustedes para acercarlos a tan espectacular patrimonio y compartiremos también un recorrido por sus alrededores que aún conservan sitios de particular belleza, lo que hace de este rincón del país un lugar digno de admiración, a pesar de la constante presión de la mancha urbana.

Para iniciar la visita es importante mencionar algunos datos históricos que permitan conocer los orígenes de los primeros pobladores, la llegada de las diferentes órdenes religiosas, con todo el bagaje cultural que nos legaron, hasta la construcción del Colegio Jesuita, que albergó a los miembros de la

Página anterior:
el Andador de las
Fuentes es un espacio
idóneo para el reposo
y la convivencia.
Fotografía: Diego A. Poot.

Compañía de Jesús de 1580 a 1767, hasta que fueron expulsados de las tierras de Nueva España. El recorrido comenzará por este conjunto conventual de extraordinaria belleza que algunos lugareños consideran como “un museo dentro de un museo”.

Comparten un área de más de cinco hectáreas y casi 10 mil metros cuadrados de construcción el Templo de San Pedro Apóstol y su espacio cural, un bello atrio de traza barroca conocido como Atrio de los Olivos y el Excolegio Jesuita con su extraordinario Templo de San Francisco Javier, el Camarín de la Virgen de Loreto, el Relicario de San José y los claustros de los Aljibes, de los Naranjos y de las Cocinas, así como su imponente huerta y los molinos donde se procesaba el trigo para hacer el pan que se enviaba a la capital de Nueva España. Visitar este lugar es trasladarse en el tiempo y vivir una experiencia única. A continuación, el recorrido será por la plaza principal del poblado, a fin de conocer su oferta gastronómica, para luego encaminarme hacia los diferentes puntos de interés del municipio, como lo son la Hacienda La Concepción, ubicada bajo la cortina de la Presa La Concepción; el Acueducto de Xalpa, conocido como los Arcos del Sitio, y los pueblos altos San Mateo Xoloc y Santiago Cuautlalpan; visitaremos asimismo los sabinos de Lanzarote y de La Concepción, ahuehuetes de más de 600 años. Finalmente, nuestro itinerario concluirá en el Parque Ecológico Xochitla.

Página siguiente:
los Arcos del Sitio
llevaban el agua desde
el río del Oro hasta la
Hacienda de Xalpa.





El Colegio Jesuita, Patrimonio de la Humanidad

“Cuando visites Tepetzotlán vas a quedar maravillado”, me dijo un día Concepción Guerrero Grajales, mi madre. Aún recuerdo esas palabras sabias, pues así quedé la primera vez que visité Tepetzotlán: extasiado. Eso fue lo que me decidió a planear un fin de semana para conocerlo. Eso y que en aquel tiempo la arquitectura de la época colonial era de mi interés. En Tepetzotlán está ese templo construido en los siglos XVI, XVII y XVIII. Así, inicié mi recorrido muy temprano desde la colonia Narvarte hacia el norte de Ciudad de México. Y sí, pasé por Ciudad Satélite, que se distingue por sus famosas torres realizadas por el arquitecto Luis Barragán en colaboración con los artistas Matías Góeritz y Chucho Reyes. Pasé por Valle Dorado y más adelante por Cuautitlán. Recuerdo que en el siglo XIX a la Güera Rodríguez se le adjudicó la frase aquella de que “fuera de México todo es Cuautitlán”. Finalmente, tras 50 kilómetros recorridos, llegué a mi destino.

Ya desde la entrada de Tepetzotlán mi sorpresa primera fue ver a lo lejos el templo compuesto por una torre y una enorme cúpula que sobresalen del horizonte y que se caracterizan por su cantera gris y sus revoques finos. Al subir por la avenida principal para llegar al centro pareciera que el templo va creciendo, ya que está asentado en un promontorio donde inicia la planicie del pueblo. Rápidamente busqué un estacionamiento, pues me urgía ver la magnífica fachada del barroco churrigueresco del siglo XVIII. Al llegar a la

El templo de Tepetzotlán luce una espléndida fachada barroca churrigueresca del siglo XVIII.

Página anterior:
el Patio de los Naranjos era un espacio exclusivo para los novicios.

Los fines de semana hay gran concurrencia y se vive un ambiente festivo en el centro del pueblo.

plaza principal y observar el frontispicio mi asombro se tradujo en una vibración de mi cuerpo: ante tal belleza, ¡de verdad estaba extasiado!

Frente a la iglesia se abre una gran explanada que pareciera integrarse de manera sensible con su entorno natural, con su alrededor. Esto me permitió ver el conjunto desde varias perspectivas, pero, desde luego, no podía apartar mi vista de esa fachada espléndida. Así, me decidí por el mejor lugar para comer: uno frente a la plaza, lo que me permitió admirar todo el complejo. Mi mesa, guarecida bajo unos portales, de alguna manera enmarcaba mi vista al templo. Aun sentado, mi cuerpo no dejaba de vibrar. Recuerdo esa sensación como si hubiera sido ayer.

Poco a poco la vibración disminuyó y fue dando paso a un estado placentero. Y no era para menos: disfrutaba un plato de arroz de pueblo acompañado con ricos nopales en penca de maguey, tortillas hechas a mano, una típica carne asada con papas, el famoso pan con crema de la casa y su refrescante bebida, por qué no, con algo de aguardiente que, en definitiva, relajó mis músculos.

Con la barriga llena y el corazón contento, hice un recorrido por el centro del pueblo. Aquí, todos los fines de semana parecen días de fiesta, con música en la plaza, infinidad de puestos de chucherías, restaurantes bien instalados y su mercado conocido por sus famosas quesadillas de cuitlacoche y flor de calabaza, con o sin queso, además de una buena cantidad de bebidas de cebada, que en días de calor son muy socorridas.

Con el tiempo fui descubriendo más sorpresas en este lugar que ha marcado mi vida para siempre. En aquel entonces jamás pensé que fuera a vivir aquí, pero los caminos de la vida —como dice la canción— me trajeron a este maravilloso poblado.

Página siguiente, izquierda: (superior) elaboración de piezas de cartonería, (inferior) interior del templo de Santiago Cuautlalpan; derecha: en el centro, lo mismo se pueden degustar platillos típicos que alta cocina.





Antecedentes históricos

Tepetzotlán es una palabra de origen náhuatl que proviene de dos vocablos, *tepotzotli* o *teputzotli*, que significa “joroba” o “giba”, y *tlan*, “entre”. Al unir los vocablos, el significado queda así: “Entre jorobados”, probablemente en alusión a que el lugar se localiza frente a unas elevadas montañas que parecen jorobas. “La historia de Tepetzotlán se pierde en el tiempo”, decía Gaudencio Neri Vargas, cronista que hizo una comparación sobre la visión del hombre jorobado, el cual, si bien para el Viejo Continente era una persona discriminada y alejada de la sociedad, para nuestros antepasados era alguien con tanto conocimiento que al ya no caberle en la cabeza empezó a abultarle la espalda.

En la historia de la región, las noticias más antiguas datan del siglo VII de nuestra era. En ellas se describe que los primeros pobladores que llegaron a este territorio fueron los chichimecas, cuyo importante grupo lo encabezó Chicontonatiuh, precursor del señorío de Huehucuahtitlan. A tal señorío perteneció este pueblo hasta que alcanzó el grado de señorío independiente en 1460. Su primer gobernante fue Quinatzin III, hasta su muerte, antes de la primera invasión española a este territorio, cuando los conquistadores y sus aliados tlaxcaltecas huían de la derrota sufrida en la calzada de Tlacopan, Tacuba.

La crónica cuenta que entraron a Tepetzotlán y diezmaron a la población justo cuando ésta se encontraba celebrando la fiesta en honor de Xilonen, símbolo material de las mieses o el tiempo de la cosecha. Tomaron la ciudad a

Los primeros pobladores de Tepetzotlán, que significa “Entre jorobados”, fueron chichimecas.

Página anterior:
en los portales del
Centro Histórico
se respira la tranquilidad
de la provincia.
Fotografía: Diego A. Poot.

sangre y fuego y destruyeron tanto las edificaciones ceremoniales como las habitacionales.

Después de la conquista, con la llegada de los primeros evangelizadores a la región, Macuilxochiltzin es bautizado con el nombre de Pedro, quien gobernó hasta 1534, conservando el señorío bajo el dominio español. Para 1546 la región pasa a encomienda y en 1547 inicia la construcción, por parte de los franciscanos, de la Parroquia de San Pedro en Tepotzotlán, bajo el gobierno de Diego Nequemetzin.

Cada fin de semana la gran explanada se llena de paseantes en medio de un ambiente festivo.





El Colegio de Novicios

Inicio el recorrido con un poco de la historia de este recinto que no deja de sorprendernos, levantado, como reza en su frontón, “Ad maiorem gloriam Dei”.

A partir de la fundación del Colegio de Novicios en 1586 y su restablecimiento en 1606, gracias a la donación de Juan Ruiz de Ahumada, los jesuitas pudieron establecerse ahí de manera definitiva hasta 1767, cuando fueron expulsados de Nueva España por mandato del rey Carlos III.

Al quedar abandonado, en 1777 pasó a ser Real Colegio Seminario, retiro voluntario y cárcel de clérigos seculares. En 1870, por mandato del Gobierno mexicano, regresaron los jesuitas, quienes intentaron recuperar sus propiedades, pero su ocupación se dio de manera intermitente.

Durante el mandato de Benito Juárez se pensó utilizarlo como penitenciaría de la Ciudad de México y en 1914, debido a los movimientos revolucionarios del país, los jesuitas abandonaron el colegio de forma definitiva. Fue hasta 1934 cuando se instauró como Museo de Historia de Tepotzotlán, y el 19 de septiembre de 1964 el presidente Adolfo López Mateos y Jaime Torres Bodet, secretario de Educación, lo inauguraron como Museo Nacional del Virreinato.

Durante la estancia de los jesuitas en Tepotzotlán, el colegio estuvo en permanente construcción. Su primera etapa integró el Claustro de los Aljibes, la hospedería, la Capilla Doméstica, las bodegas y los almacenes, espacios vitales para su operación y el desarrollo de sus actividades. En la planta baja se encontraban los salones de seminarios y habitaciones de los hermanos

Fundado en 1586, el Colegio de Novicios se convirtió en Museo Nacional del Virreinato en 1964.

Página anterior:
la espléndida fachada barroca del Templo de San Francisco Javier atrae la atención.
Fotografía: Diego A. Poot.

El Excolegio, legado de los jesuitas, es uno de los conjuntos conventuales mejor logrados de Nueva España.

coadjutores; en la planta alta, los aposentos del juniorado, las habitaciones de los padres y la enfermería alta. El patio, además de ser un espacio para el esparcimiento y descanso de los estudiantes al aire libre, servía para el almacenamiento del agua que era recuperada de las cubiertas en la temporada de lluvias y que a través de canalones era conducida hasta los aljibes.

A la segunda etapa constructiva corresponden los claustros de las Cocinas y de los Naranjos, destinados de manera exclusiva para los novicios, de modo que no tuvieran ningún contacto con el exterior y así cuidar su formación; en la parte superior se encontraban los aposentos de los novicios, los comunes y la biblioteca, y en planta baja el área de aulas, recreación, descanso, quiete y el refectorio.

Al observar el conjunto arquitectónico del Excolegio Jesuita, considerado una de las casas conventuales mejor logradas en Nueva España, necesariamente surgen las siguientes preguntas: ¿quiénes lo hicieron?, ¿por dónde iniciaron?, ¿cuánto tiempo se llevaron en construirlo? Veamos pues. La primera orden religiosa en llegar a Nueva España fue la de los franciscanos, quienes recibieron grandes extensiones de tierra para iniciar la evangelización; arribaron a esta región en 1524, estableciéndose en 1547 en la zona de Cuautitlán y posteriormente en Tepotzotlán.

Una de las primeras edificaciones realizadas por los franciscanos fue la parroquia dedicada a san Pedro Apóstol, de base en cruz latina, compuesta por bóvedas de cañón corrido, destacando en su crucero la cúpula como elemento predominante y su ábside. Este periodo incluyó la casa cural, la capilla que integra el baptisterio y posteriormente el atrio compuesto de arcos invertidos y crestas adornados por copones, característico de las construcciones de los siglos XVI y XVII, resaltando su portada de acceso. Este espacio rectangular, nombrado Atrio de los Olivos, delimita el área frente a la parroquia de corte

Página siguiente: el Patio de los Aljibes servía como área de recreo y para almacenaje de agua de lluvia.

Página 28: portada de acceso a la Capilla del Noviciado.





plateresco cuyo templo y campanario adquirieron hasta 1750 su estilo neoclásico actual.

En dicho atrio se conservan los restos fosilizados de varios olivos que los jesuitas sembraron a su llegada para el cuidado de su salud y alimentación. Las diferentes especies de árboles que sembraron con el tiempo han creado un ambiente de frescura y regocijo para quien por ahí transita, manteniendo su humedad a través de canales de agua rodada que corren desde los manantiales de la zona serrana de Tepotzotlán y que en su momento alimentaron los molinos de Xuchimangas; hoy en día el agua llega de la Presa La Concepción y, distribuida mediante compuertas estratégicamente planeadas, inunda la huerta del Excolegio.

Este espacio, que fue camposanto para los nobles de la región hasta la creación del panteón civil en 1857, ha sido escenario de múltiples actividades. Pero sin duda el proyecto cultural y el rescate de las tradiciones de la festividad del 1 y 2 de noviembre es lo que atrae a miles de visitantes, con la exposición de la ofrenda monumental Una fiesta mágica en un Pueblo Mágico, que llena cada año el espacio de colores, aromas, sabores y sonidos para alimentar los sentidos y congratular a los muertos.

Entrar en el museo, en sus habitaciones, corredores y patios es trasladarse a otra época y respirar aires pretéritos.

Caminando por el atrio a través de sus senderos de piedra bola que se entrecruzan se llega hasta el acceso del, hoy en día, Museo Nacional del Virreinato. Al llegar al portón, lo que sobresale es un marco de cantera con frontón triangular segmentado, ornamentado con formas vegetales y la inscripción “Ad maiorem gloriam Dei” (“Para la mayor gloria de Dios”), que integra un monograma en la mirilla del portón con las letras “IHS” (“Jesús Salvador de los Hombres”).

A la izquierda se encuentra la base donde se expone la placa con la declaratoria de este excolegio como Patrimonio de la Humanidad por parte de la Unesco, inscrita en agosto de 2010, que distingue obras de inestimable belleza y de gran valor universal.

Al cruzar este portón me encuentro con un espacio de doble altura con cielo en bóveda de crucería, definido como portería; en aquel tiempo, éste era el límite de los visitantes y sólo podían acceder al colegio los hijos de los indios principales para ser educados en el Seminario de San Martín, los jóvenes novicios que deseaban pertenecer a la orden religiosa, los maestros jesuitas que vivían en comunidades apostólicas, los jesuitas estudiosos de teología y aquellos que completaban la tercera prueba.

Apenas ingresar al colegio, se percibe un ambiente de silencio y armonía que necesariamente traslada en el tiempo. El frío invade el cuerpo, el bullicio del exterior se pierde y aparece el canto de golondrinas y primaveras. Lo que veo primero son unos corredores largos, iluminados por ventanales enmarcados por el abocinado de sus muros, y frente a ellos se distinguen pequeños vanos que dan acceso a las habitaciones de los hermanos coadjutores. Al asomarme a una de las habitaciones advierto una botica que responde a las características de la época, y al subir la vista descubro un plafón en bóveda de crucería que destaca por la conservación de su pintura mural. En estos corredores, compuestos en siete módulos en bóvedas de crucería, se expone en los 22 lunetos

Página anterior: antesala de entrada a la capilla de novicios del Excolegio Jesuita.

Página siguiente: ventanal para iluminación natural de la Capilla del Noviciado.

la vida de san Ignacio de Loyola (1491-1556), fundador de la orden de los jesuitas, en lienzos pintados por Cristóbal de Villalpando (1649-1714), uno de los pintores más reconocidos de Nueva España. Al ser ahora museo, estas habitaciones muestran la herencia cultural de la época virreinal en México.

Camino estos corredores y me detengo ante una portada de cantera policromada que la información museográfica marca como el inicio de la clausura para los jóvenes novicios, quienes durante su formación debían evitar todo contacto con el exterior. Esta portada llama la atención por la inscripción en el marco superior, que dice “Hic domvs Dei est ei porta coeli” (“Esta es la casa de Dios y la puerta al cielo”) y tiene un frontón partido con volutas; al centro resalta el escudo de la Compañía de Jesús, así como los monogramas de María y José y, en los extremos, los emblemas marianos del sol y la luna.

Pasado el portón, se ve a la izquierda una celosía de madera taraceada con incrustaciones de concha y hueso, en cuyo remate se dibuja la inscripción latina “Domine dilexi decorem domus tuae” (“Señor, he amado el esplendor de tu casa”). Al atravesar la celosía está una portada de cantera policromada con frontón triangular que es vestíbulo de introducción a uno de los espacios más bellos del colegio: la Capilla Doméstica. Ésta era



exclusiva para las celebraciones litúrgicas de los estudiantes y los padres jesuitas. Fue construida a principios del siglo XVII en una sola nave de cañón corrido, con una cúpula en su presbiterio. Destaca su decorado en yesería policromada con motivos vegetales y geométricos que enmarcan los escudos de las primeras órdenes religiosas en Nueva España. En el presbiterio descolla el retablo barroco estípite, acentuado por la Virgen María y el Niño, al centro, acompañados por los cuatro apóstoles e imágenes de jesuitas, como ejemplo para los novicios, además de figuras de santos modeladas en pasta de arroz; a la izquierda se ve la figura orante del benefactor de la Compañía de Jesús, Pedro Ruiz de Ahumada, quien donara 34 mil pesos para la construcción del colegio y la manutención de los padres.

Bóveda decorada con los escudos de las primeras órdenes religiosas, capilla de novicios.

Página siguiente, izquierda: retablo finamente decorado dedicado a san Miguel; derecha: el espacio de honor de la Capilla Doméstica está dedicado a la Virgen de Guadalupe.





Frente a la Capilla Doméstica sobresalen unas escaleras que conducen a los aposentos del juniorado. En este nivel se exhibe la exposición permanente de las monjas coronadas y obras de excelente manufactura en sus corredores, que me llevan a la capilla del juniorado y al mirador. Me pregunto cómo sería la vista desde este lugar en su época de gloria. Al bajar y continuar por el pasillo que une el Patio de los Aljibes con el de los Naranjos me detengo ante otro portal de cantera policromada, con el escudo de la Compañía de Jesús, que marca el ingreso a la estricta clausura de los novicios, puerta que únicamente era abierta para que éstos acudieran a su capilla. En esta planta estaban las habitaciones de los estudiantes del noviciado y aún se encuentra aquí la biblioteca que alberga y conserva más de cuatro mil volúmenes del Antiguo Colegio Noviciado.

Para llegar al patio descendiendo una escalera que me encamina hacia un pequeño vestíbulo, el cual distribuye entre el acceso al refectorio, donde los padres y novicios hacían lecturas previas a la cena, y el Patio de los Aljibes; este espacio, que alberga 10 medallones con imágenes de santos jesuitas y *La última cena* pintados por el padre Gonzalo Carrasco, último rector del colegio, se utilizaba para el descanso y esparcimiento de los jóvenes novicios. Del vestíbulo llegamos al

Cada aspecto de las instalaciones ofrece al visitante vislumbres de la época de gloria del colegio.

Más de cuatro mil volúmenes del Antiguo Colegio Noviciado forman el acervo de la biblioteca.



Representación del estudio-celda de sor Juana Inés de la Cruz.

Página siguiente: exposición permanente de monjas coronadas.

Página 38: antesala del Patio de los Naranjos a la Huerta.





claustró más bello: el de los Naranjos, con sus corredores abiertos dibujados por arcos con intradós de medio punto. En las habitaciones se encontraban el billar y el boliche; ahora se utilizan para las exposiciones temporales. El patio nos lleva, a través de un corredor, a la zona de la huerta donde se hallan los canales de riego. En su momento esta área almacenaba productos para el consumo del colegio; actualmente, en un pequeño rincón se resguarda la fuente original del Salto del Agua, que formaba parte del acueducto de Chapultepec.

Se trata de un lugar que ha estado lleno de historias. Antes de que esto fuera el Museo Nacional, los custodios que resguardaban las instalaciones vivían en el colegio y para su subsistencia tenían vacas, borregos y gallinas en la huerta, además sembraban maíz y trigo, como era costumbre en las granjas de la región. Sin embargo, el colegio era un misterio para muchos jóvenes de Tepotzotlán. Se hablaba de apariciones y de fantasmas. En una ocasión, algunos muchachos, llenos de curiosidad, saltaron la barda con la intención de corroborar aquello que se contaba. Entraron por el área de los molinos, luego pasaron a la huerta y de ahí al colegio. Recorrieron todas sus salas sin que nada ni nadie se los impidiera. Pero de repente vieron una sombra que les gritaba o ladraba, y sin pensarlo

dos veces salieron corriendo, prometiendo jamás volver a saltar esos muros. Así, pues, siguieron las leyendas: ahora la del perro guardián de la huerta que protegía todas las noches los árboles frutales, el cual, antes de que amaneciera, volvía a su lugar para convertirse en piedra.

Al recordar leyendas como la anterior, que de alguna manera le dan vida a este lugar, y, hay que reconocerlo, provocan una ligera inquietud, retomo el rumbo de regreso para dirigirme ahora al Claustro de los Aljibes. Un espacio también muy hermoso, herencia de la gloria de los jesuitas.

En un extremo de los corredores, pasando una pequeña puerta, llego a una de las secciones emblemáticas del colegio. Primero me encuentro una escalera que comunica los tres niveles y que en su momento servía de acceso al templo y la sacristía o a los aposentos y el antecoro. Al descender llego a una antecámara; a la izquierda, la sacristía conserva el mobiliario del siglo XVIII con sus amplias cajoneras donde los padres jesuitas guardaban sus vestimentas para la misa con sumo cuidado para no dañarla al doblarse la estola y la casulla, generalmente bordadas con hilos de oro. Este espacio cuenta con un aguamanil hermosamente tallado en cantera con dos pilas en bronce en forma de concha. Está decorado con 11 lienzos pintados por Miguel Cabrera (1695-1768), el pintor



Página 39: la fuente del Patio de los Naranjos data de 1708.

Página anterior: hoy está en la huerta del museo la fuente original del Salto del Agua.

Patio de la Cocinas, que era de uso exclusivo para los novicios.



novohispano más reconocido del siglo XVIII, que además fue escultor y arquitecto. El trabajo más complejo y mejor logrado de su creación está en el Templo de San Francisco Javier, junto con el de Higinio Chávez, maestro ensamblador.

De la antecámara, a la derecha, entro al Templo de San Francisco Javier e inmediatamente invade mis sentidos, provocando el asombro ante la belleza y la armonía de los 13 retablos finamente tallados en madera de cedro blanco y cubiertos con hojas de oro que embriagan mi vista con ángeles y querubines, roleos y hojarascas, acentos y medallones, esculturas y columnas estípites. Considerado uno de los estilos más importantes del barroco novohispano del siglo XVIII, el churrigueresco —denominado así en España— tuvo su máximo esplendor en México. Para disfrutar el templo, el mejor momento es en la temporada de conciertos, y si son de música barroca de Vivaldi, Bach o Haydn mucho mejor, como bien ha impulsado el departamento de actividades culturales del museo.

No son pocas las familias de Tepotzotlán que aún recuerdan que, antes de la restauración, todos los domingos a las siete y a las doce del día se oficiaba misa en esta iglesia. El padre daba la misa en latín y de espaldas a los feligreses. Los retablos no lucían su esplendor, pues estaban

Desde la inauguración del museo no se celebran eventos religiosos en el Templo de San Francisco Javier.

cubiertos de polvo por el paso del tiempo; los tablonés del piso rechinaban al caminar sobre ellos los devotos y se desprendía un aroma que mezclado con el copal inundaba la celebración litúrgica. Pero después de la restauración e instalación del Museo Nacional del Virreinato no volvió a celebrarse ningún evento religioso ni a oficiarse misa alguna. Muchos vecinos vieron con tristeza el cierre de su templo, si bien otros descubrieron la importancia de la herencia cultural de la Compañía de Jesús en Nueva España y la relevancia de la conservación de este importante patrimonio para el pueblo de Tepotzotlán.

Este templo se construyó en varias etapas. La primera duró más de 12 años, de 1670 a 1682, bajo el auspicio de doña Isabel Picazo de Hinojosa y don Juan Vázquez de Medina, familia novohispana acaudalada del siglo XVII que a través de su hijo, el padre Pedro de Medina y Picazo, al ingresar éste al colegio jesuita, contrató a los arquitectos Diego de la Sierra y José Durán para que iniciaran la edificación. El trazo conserva la disposición oriente-poniente, de acuerdo con la usanza cristiana, donde al este se ubica el presbiterio para recibir la luz divina, y su entrada principal, al poniente; el templo cuenta con un acceso lateral que conserva las características sobrias del estilo herreriano de su primera etapa constructiva.

La segunda etapa incluyó la ampliación de las capillas. En éstas se encuentra uno de los espacios más significativos de la orden jesuita y de su veneración a la Santísima Virgen, ya que fueron ellos quienes a su llegada a Nueva España instauraron el culto mariano. Este periodo trascurrió de 1680 a 1733. La entrada a las capillas se viste con una portada de estilo herreriano que en su frontón integra una pintura al temple de la Santa Casita de la Virgen de Loreto elevada por unos ángeles en su viaje al pueblo de Loreto, Italia, donde hoy se erige un templo que resguarda las reliquias de la Santa Casa. En sus fustes se distinguen ocho medallones que representan los símbolos de la letanía lauretana. En su arco interno están representados en forma de exvotos

Página 42: vistas de la huerta, donde se encuentra la Capilla de Montserrat.

Página 43: escaleras que comunican las cocinas con el Patio de los Aljibes.

Página siguiente: una pintura de *La última cena* domina el refectorio.





pinturas al fresco con episodios milagrosos que se dieron con la ayuda de la Virgen de Loreto.

Mi sorpresa inicia al cruzar esta portada. Frente a mí aparece la réplica de la Casa de Loreto. La historia cuenta que todos los vecinos de Tepotzotlán colaboraron para su edificación. Al ver el interior de la casa, a través de una ventana, se distingue el hermoso retablo que al centro enmarca en una hornacina a la Virgen de Loreto, protegida en su parte superior por el arcángel san Miguel y por cuatro santos jesuitas: san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús; san Francisco Javier, el más insigne de los misioneros, y los jóvenes jesuitas san Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka. Al bajar la mirada veo el piso revestido con azulejos de talavera y a través de angostos pasillos que bordean la Casa de Loreto camino hasta el Camarín de la Virgen. Antes de pasar al interior del camarín mi vista es atraída por una pequeña capilla dedicada al padre adoptivo de Jesús, conocida como el Relicario de San José. Destaca por la gran cantidad de yesería policromada finamente elaborada, ángeles y querubines que se caracterizan por la mezcla de diferentes técnicas artísticas. El piso de talavera entra a la capilla elevándose en sus muros perimetrales hasta la altura de guardapolvo. Al centro del piso se dibuja el escudo del águila bicéfala de

La extraordinaria réplica de la Casa de Loreto se logró con la colaboración de los tepotzotlenses.

Aspecto que guardaba la cocina, con su alacena, braseros de leña y utensilios.

los Austrias, que representa la unión de la dignidad imperial entre el Sacro Imperio Romano Germánico y la monarquía hispánica. Al frente hay un bello retablo dedicado a san José, rodeado por arcángeles, que por su finura pareciera haber sido elaborado en filigrana, y lienzos pintados por José de Ibarra y Juan Rodríguez Juárez, pintores afamados del siglo XVIII.

El final del pasillo remata con pequeñas puertas que anteceden al sitio emblemático de la zona de capillas, denominado Camarín de la Virgen de Loreto. Al entrar, la primera impresión es de penumbra, pero al adaptarse la vista la magia se hace evidente y la luz que tímidamente atraviesa los óculos presenta la armonía y el equilibrio de sus formas. De este espacio de base octogonal nacen los arcos torales que se entrelazan y conforman la bóveda celeste, cargada de estrellas y querubines, que pareciera ser soportada por cuatro ángeles, de donde emerge el cupulín que obliga a elevar la mirada para encontrarse con el Espíritu Santo, el cual representa el alma de la Iglesia. Esta riqueza de técnicas artísticas en la yestería policromada, la pintura mural, el tallado y ensamblado de los retablos acabados con hojas de oro, las esculturas, el mobiliario, la decoración en



Página anterior: artístico aguamanil o pila tallada en piedra.

Sacristía del Templo de San Francisco Javier.

los azulejos y las pinturas de caballete, hacen de éste un lugar único, reflejo del arte churrigueresco de Nueva España.

Para la tercera y última etapa constructiva del Templo de San Francisco Javier los jesuitas ya habían alcanzado una reputación en Nueva España debido a la formación académica de hijos de familias acomodadas, por lo cual recibieron cuantiosos legados, y a la comercialización de los productos excedentes de sus haciendas, esto gracias a la minuciosa administración que llevaban a cabo. Para 1753, el rector del colegio, Pedro Reales, inició la remodelación del templo. Encomendó la construcción de los retablos al pintor oaxaqueño Miguel Cabrera y la talla y ensamblado a Higinio Chávez. Quedaron concluidos hasta 1758. La extraordinaria belleza de su concepción estética, ejemplo del barroco estípite churrigueresco, se caracterizó por el estilo de pilastras que sostienen la estructura, la cual consiste en una pirámide de vértice alargado de trazo invertido llamado estípite y por la abundancia de motivos naturales, formas curvilíneas, ángeles y querubines.

El retablo principal, en su parte media, está dedicado a san Francisco Javier, patrono de las misiones; arriba, la Inmaculada Concepción, rematando con la imagen de Dios Padre. El retablo lateral izquierdo lo preside san Francisco de Borja, prefecto general de la Compañía de Jesús, y el del lado derecho, san Estanislao de Kostka, santo de los novicios jesuitas. La pintura mural en la bóveda del presbiterio, que plasma la gloria de san Ignacio de Loyola, está firmada por Miguel Cabrera, quien se inspiró en la pintura al fresco del jesuita italiano Andrea Pozzo realizada en la Iglesia de San Ignacio, en Roma.

En el retablo central del lado norte, dedicado a la Virgen de Guadalupe, resalta en su nicho principal la imagen de nuestra Señora, pintada también por Cabrera, considerado el mejor artista novohispano de su época y el único que podía replicar la imagen de la “tilma milagrosa”. Este retablo remata con la

La construcción de los retablos estuvo a cargo del pintor Miguel Cabrera y el tallador Higinio Chávez.

Página siguiente: vista del coro y retablos ricamente adornados.



imagen de Jesús Salvador, y en el crucero Cabrera representó las cuatro apariciones de la Virgen a Juan Diego. De los retablos laterales, el izquierdo está dedicado a san Juan Nepomuceno, donde se distinguen las tribunas para aquellos jesuitas que no podían asistir a la iglesia por enfermedad o por edad avanzada a escuchar las celebraciones religiosas.

En el lado sur, preside el retablo central san Ignacio de Loyola, acompañado de los fundadores de las distintas órdenes religiosas: santo Domingo de Guzmán, de los dominicos; a la derecha, san Francisco de Asís, de los franciscanos; en la parte superior, san Agustín, de los agustinos, y san Pedro Nolasco, fundador de los mercedarios. Los retablos laterales están dedicados a la pasión de Jesucristo y a la cruz de Caravaca, rematando con la imagen del Espíritu Santo y con los tres retablos principales de la Santísima Trinidad.

Sobre los costados de la nave principal, antes de llegar al crucero, se localizan dos retablos: uno está dedicado a san José como protector de la Sagrada Familia y el otro a la Virgen de la Luz, devoción de origen italiano relacionada con el juicio final y la idea de la salvación. En el acceso principal, bajo los laterales del sotocoro, se encuentran dos lienzos de Cabrera de extraordinaria belleza. Uno representa la protección de la



Página anterior,
izquierda: san Ignacio
de Loyola, fundador
de los jesuitas; derecha:
remate del retablo de
los iniciadores de las
órdenes religiosas.

Magnífico retablo
dedicado a la Virgen
de Guadalupe.



Virgen a la Compañía de Jesús y el de la izquierda es una alegoría de la Preciosa Sangre de Cristo representada como fuente de la salvación.

Entre 1760 y 1762 se culminaron las etapas constructivas del templo con la espectacular fachada y la torre campanario, obras de las que estuvo a cargo don Ildefonso Iniesta Bejarano y Durán; éstas, en conjunto con la nave principal, sus retablos, capillas, el Camarín de la Virgen de Loreto y la sacristía son un ejemplo extraordinario de la máxima expresión del arte de los jesuitas. La fachada, sobrepuesta a la original, tallada en cantera gris de Chiluca, está dedicada a san Francisco Javier. Se compone de dos cuerpos, tres calles y un remate ondulante en cuyo centro domina la imagen de la Virgen y el Niño, con dos medallones a sus lados: uno con el escudo del águila imperial mexicana y otro donde posiblemente estuvo el escudo de la familia Medina y Picazo, coronados con seis perillones cuadrados y, al centro, san Miguel Arcángel. En el cuerpo inferior, y acceso principal al templo, destacan las representaciones de Dios Padre sobre el Niño Jesús y éste sobre el escudo de la orden jesuita; a sus lados, la Virgen María y san José, como símbolo del matrimonio cristiano. En los nichos principales destacan las imágenes de san Ignacio de Loyola y san Francisco de Borja III, fundador y general de la Compañía de Jesús, respectivamente. En el cuerpo superior, sobre el óculo del coro, sobresale san Francisco Javier, misionero de las Indias Orientales, así como san Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka. Las calles se distinguen por los estípites pareados que enmarcan nichos en sus entrecalles.

La belleza de los símbolos que plasmaron los jesuitas en esta fachada-retablo, subyuga. De igual forma que la del conjunto: su torre campanario de 41 metros de altura, sus 13 campanas fundidas en bronce y sus perfiles notorios por los estípites que van graduando su esbeltez de manera armónica y equilibrada. Juntos, fachada y campanario, plasman una composición inseparable.

La torre campanario y la singular fachada del templo, alta expresión del arte jesuita, se culminaron entre 1760 y 1762.

Página anterior: bóveda del crucero de la Iglesia de San Francisco Javier.

Página siguiente: portada de acceso a los aposentos rematada con el escudo de la Compañía de Jesús.

Al contemplar el templo a la distancia, en algunas épocas del año, la luz del sol acentúa los claroscuros de los perfiles y de sus tallas, y, antes de fundirse en el horizonte los tonos de la fachada, se vuelven naranjas que parecieran cubrirse de oro. Al girar levemente mi vista a la izquierda, se perfila el cupulín del Camarín de la Virgen de Loreto imitando una tiara papal. Así, aparece el portal de campo con sus arcos de medio punto y sus muros sin ornamentos jerarquizando el portón de acceso al patio de las carretas, terminando con el perfil del Atrio de los Olivos, elementos que a pesar de las diferentes épocas constructivas conservan en apariencia su función original sin competir entre ellos.

El patio de las carretas se llenaba de júbilo cuando era abastecido de los productos traídos desde las diferentes haciendas jesuitas a través de caminos pedregosos y en algunas ocasiones lodosos; hasta el portal de campo llegaban las mulas cargadas de todo lo necesario para el mantenimiento del colegio, artículos y provisiones que eran descargados y almacenados en las diferentes trojes. Ahora la hospedería es un restaurante y en las temporadas decembrinas el patio se viste de gala para la representación de las pastorelas tradicionales de Tepotzotlán. Estoy seguro de que no existe mejor escenario para esta celebración; aquí, un grupo de





artistas impulsados por el señor Saldívar y preocupados por la pérdida de las tradiciones crearon una obra que después de 56 temporadas sigue teniendo un gran éxito, acompañada de la fiesta mexicana con música de mariachi y banda de viento, sin faltar la cena tradicional.

Las actividades socioculturales de aquellos días de florecimiento transmitidas por los padres jesuitas a las familias de Tepotzotlán se fueron perdiendo a partir de la expulsión de la Compañía de Jesús y poco a poco se llegó al olvido; algunas familias originarias habían perdurado y los abuelos contaban, a manera de cuento, las glorias del colegio. “El pueblo en su momento era un poema”, así lo describe mi amigo Hermann, quien vivió su infancia en Tepotzotlán y lo recuerda como un lugar donde nunca pasaba nada, donde todas las familias se conocían. Las fiestas patronales permanecieron y las mojigangas eran las más esperadas del año, siempre acompañadas de las tradicionales carreras parejeras de caballos, que se llevaban a cabo a un costado del colegio y hasta los predios de la familia Hernández.

El colegio fue testigo de innumerables acontecimientos. Uno de ellos lo contaba el finado cronista Gaudencio Neri Vargas: un día, en 1914, llegaron más de 400 carrancistas a Tepotzotlán y se dirigieron al colegio preguntando por el rector,

Las haciendas de la Compañía de Jesús surtían las provisiones para el funcionamiento del colegio.

Página 57: corredor de los lunetos de san Ignacio de Loyola pintados por Cristóbal de Villalpando.

Interior de la Capilla de la Virgen de Loreto.

Página siguiente: cancel del acceso lateral sur del Templo de San Francisco Javier.

el padre Gonzalo Carrasco, a quien le exigieron que les entregara las armas y el oro guardado en sus aposentos. Al no obtener respuesta, los carrancistas entraron e inspeccionaron cada rincón, y como no hallaron nada, pretendieron quemar los retablos del Templo de San Francisco Javier. El pueblo, al saberlo, se opuso. Lo mismo que el padre Gonzalo. Se esperaba lo peor, pero afortunadamente no quemaron nada, sólo llevaron los confesionarios a la plaza principal para que, al calor de la fiesta, las soldaderas se pudieran confesar.

Otro acontecimiento, interesante por demás, lo narra también Neri Vargas en *Tepotztlán, La crónica de mi pueblo, Testimonio de la historia*. Se trata de la reclamación que hacía la empresa estadounidense The Spanish American Mortgage and Investment Co. Seal, a través de don Antonio Gibaja y Patrón, sobre los bienes adquiridos de una casa en Tepotztlán. La pretendían proteger, luego de los acontecimientos revolucionarios, colocándole cédulas en las puertas para que ampararan todo lo que le correspondía al arrendatario de la casa, que se estableció como un colegio. Es decir, el hoy Excolegio Jesuita. En la reclamación se argumentaba que la empresa había adquirido el inmueble mediante una compraventa al presbítero Salvador Garcidueñas y Labastida por la cantidad de 30 mil pesos, más pagos de honorarios



e impuestos. El juicio duró más de dos lustros y participaron varias dependencias de gobierno. Finalmente, la Suprema Corte de Justicia falló a favor de la nación y quedó estipulado en la fracción primera del artículo 27 constitucional que el edificio del colegio y sus anexos pasan a ser propiedad de la nación.

Hasta aquí dejaré lo que respecta al colegio, el museo, los templos, en donde me he extendido un poco por ser lo más importante de este Pueblo Mágico. Pero antes de seguir el recorrido por otros sitios de interés de Tepotzotlán, quiero pasar a describirles, aunque brevemente, algunas de las celebraciones, festividades y eventos que aquí se llevan a cabo.



Página 61: el Relicario de San José luce una profusa decoración.

Página anterior: exvotos pintados en el marco de entrada a la Capilla de la Virgen de Loreto.

Bóveda del Camarín de la Virgen de Loreto.



Las famosas pastorelas

Llegado diciembre, es tradición en Tepotzotlán asistir a las famosas pastorelas. Así que, cada año, con anticipación compro los boletos para que en compañía de la familia y amigos invitados disfrutemos de un espectáculo único: la representación de la lucha entre el bien y el mal, y el festivo ambiente que propicia la música de mariachi y de banda de viento. Después, la procesión por el pueblo pidiendo posada, los fuegos artificiales y las luces del tradicional torito, romper las piñatas, todo acompañado de una buena cena. Claro está, el pozole, los tamales y los buñuelos son de rigor, escuchando la música y paladeando un buen tequila. Todo esto hace que en época de fin de año las noches tepotzotlenses sean mágicas y de gran fiesta tradicional mexicana. Los coloridos y los sabores se entremezclan en una celebración muy nuestra.

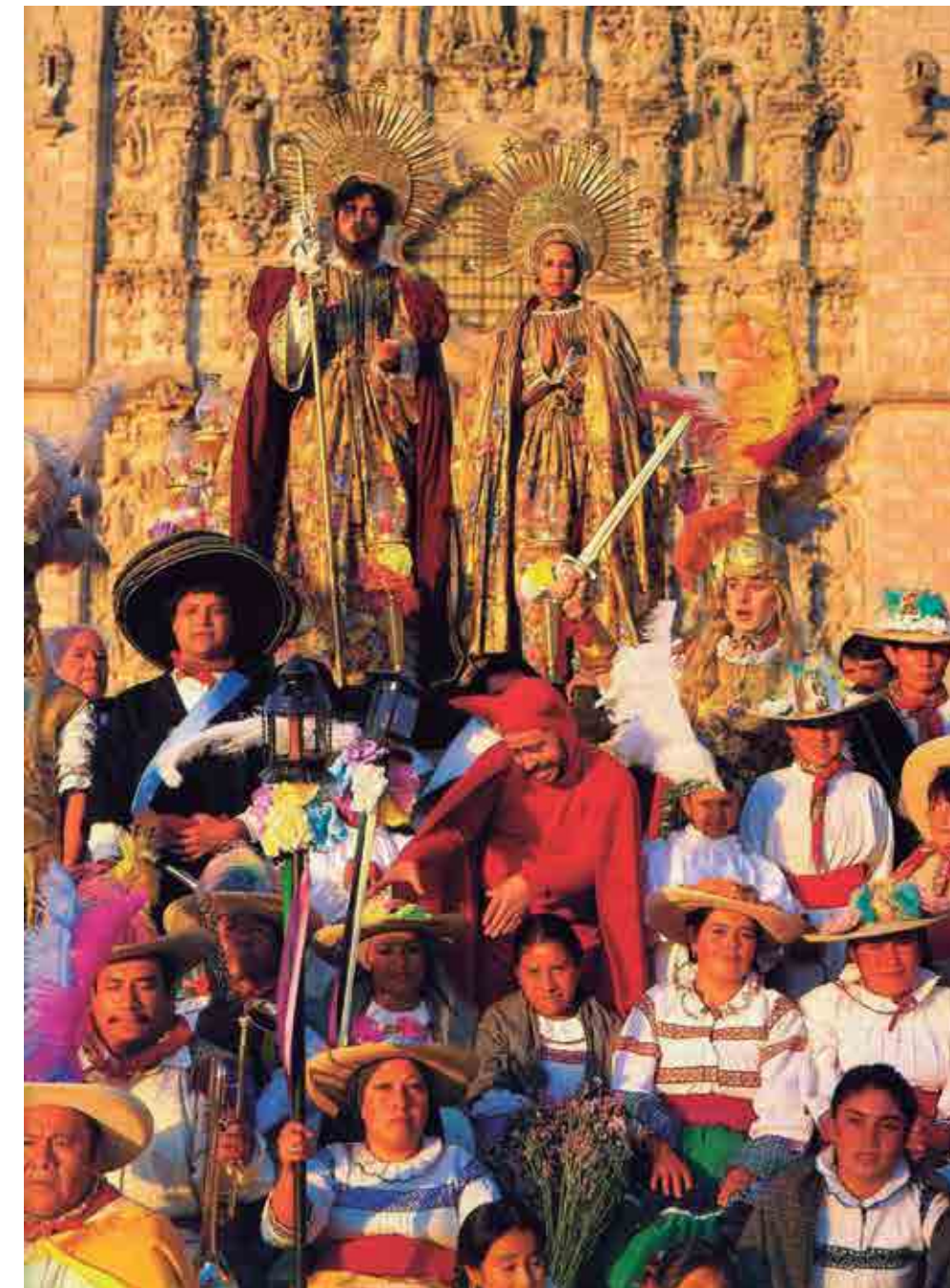
Siempre que llega la fecha, al caer la noche nos sorprende la impaciencia por estar a tiempo y bien abrigados, porque en estos días las bajas temperaturas y el escenario en patio abierto crean una atmósfera inigualable para la representación teatral. Quienes asisten por primera vez van de sorpresa en sorpresa, pues al atravesar el portal de campo reciben un ponche con “piquete” en un tradicional jarrito de Tlaquepaque como bienvenida a la pastorela. En el patio se ve un escenario del siglo XVII que atrapa, envuelve y remonta al público en el tiempo. Las llamadas a escena son peculiares puesto que se hacen con trompeta y de un momento a otro los espectadores estamos involucrados en una competencia de cantos y abucheos al inicio de la

Escenificadas en un ambiente festivo, las tradicionales pastorelas enriquecen el patrimonio cultural de Tepotzotlán.

Página anterior: extraordinario conjunto de retablos barrocos del templo dedicado a san Francisco Javier.

escenificación, que en 2020 cumplió 56 representaciones. La historia narra el peregrinar de los pastores en busca del Niño Dios, quienes en su camino tropiezan con las tentaciones promovidas por Lucifer. En estas pastorelas han participado actores de la talla de Lilia Aragón, Guadalupe Pineda, Claudia Ramírez, Julio Bracho, Héctor Bonilla, Edith González, Ernesto Anaya y Julieta Venegas, con la extraordinaria labor de Roberto Sosa como actor principal por más de 20 años.

Tales el éxito de la representación que nuestros invitados regresan al siguiente año acompañados de familia y amigos. Esta obra la escribió el pintor Jaime Saldívar y la dirigió en sus inicios José Solé, después, por más de 30 años, Miguel Sabido, para rescatar la manera por demás ingeniosa y divertida que los misioneros idearon para introducir a la fe cristiana a los pueblos indígenas. En la actualidad, grupos de teatro y escuelas locales han logrado dar nuevos alicios a esta singular tradición que forma parte del patrimonio cultural tepotzotlense, con la creación del festival de pastorelas en Tepotzotlán.



Página anterior: escenas de las tradicionales y concurridas pastorelas. Fotografías: Diego Poot Moreno.

La representación teatral de carácter religioso atrae a gran número de espectadores. Fotografía: restaurante Hostería de Convento



La ofrenda monumental Una fiesta mágica en un Pueblo Mágico

Empezó como un juego de jóvenes inquietos de Tepotzotlán por rescatar la tradición del Día de Muertos. Con dos mesas y con mucho entusiasmo, ubicados en el crucero principal del Atrio de los Olivos, un grupo de muchachos decidió instalar una ofrenda para recordar y honrar a los fieles difuntos. Una vez montada, solicitaron el apoyo de los vecinos para integrarla. La acción fue bien recibida por las familias y de inmediato se dispusieron a participar. Otro tanto ocurrió con el párroco de la iglesia.

Con el paso del tiempo y ya más de 24 años del montaje inicial, la ofrenda se ha convertido en un producto turístico consolidado y de gran calidad, denominado Ofrenda Monumental de Tepotzotlán. Una fiesta mágica en un Pueblo Mágico. Hoy en día la instalación llega a ocupar todo el atrio, siempre con la participación de las familias locales. Cada año se le da una temática diferente y atractiva para el visitante, sin perder de vista el rescate de la tradición.

Estas celebraciones las esperan con ansia los niños, quienes salen a las calles a pedir dulces y monedas con la ilusión de llenar su calaverita; ataviados con disfraces originales y muchas catrinas, acompañados desde luego por familiares, recorren la plaza y se aproximan a vecinos y visitantes para tal

Para celebrar el Día de Muertos, de gran significado, se instala una ofrenda monumental que llega a ocupar todo el atrio.

Página anterior: Patio del Acueducto, uno de los sitios emblemáticos del museo.

Páginas 70 y 71: diversos aspectos de la multitudinaria celebración anual del Día de Muertos. Fotografías: Diego A. Poot y Diego Poot Moreno.

cometido. La concurrencia es tal que cada año se rompe récord en número de asistentes, en su mayoría disfrazados para la ocasión. El comercio de antojitos se ve favorecido, pues se agotan los esquites, el chicharrón, el ponche, los algodones y los dulces típicos mexicanos. De igual modo, año tras año resurge la gastronomía tradicional; tal es el caso de la calabaza en tacha, el pollo con mole acompañado de arroz rojo, la capirotada, los tamales, el pan de muerto y las calaveritas de azúcar, con las recetas secretas de cada restaurante, fonda y mercado. Sobra decir que la demanda de comida es mucha y hay que tomar providencias para los cuatro días que dura la celebración.

El montaje de la ofrenda siempre sorprende, pues el portal del atrio se convierte en su propio acceso, enmarcado por un arreglo floral y por dos figuras monumentales: la Catrina y el Catrín o la locomotora revolucionaria, figuras de cartonería que se convierten en la artesanía representativa de Tepotzotlán. Al interior, el atrio se viste de gala adornado con papel picado multicolor, los andadores se llenan de color amarillo con flores de cempasúchil y velas que por las noches iluminan el camino de regreso. Además de mantener los elementos tradicionales, se comparten las diferentes expresiones que las familias ofrecen a sus muertos, llenas de colorido y riqueza artesanal. Sin duda, su éxito contribuye al rescate de esta costumbre ancestral; todo complementado con el festival de música, teatro y danza prehispánica, lo que garantiza una noche inolvidable. A este proyecto se han sumado los barrios antiguos para celebrar en los panteones el Día de Muertos con música y teatro; por su parte, la Fundación Xochitla lo hace con un espectáculo de luz y sonido. Como vemos, hay una oferta de actividades para todos los gustos.





Fiestas patrias

Llega septiembre y en el ambiente resurge el espíritu patriótico, la plaza se inunda de banderas tricolores, verde, blanco y rojo, que ondean con el viento. Los balcones, terrazas y pretilos de las casas en torno a la plaza principal se visten con símbolos patrios. Acercándose el día 15, los vecinos de Tepotzotlán se preparan para escoger el mejor lugar y menú para disfrutar la celebración de la Independencia. Llegado el día, salen las cornetas, suenan las matracas, las serpentinas brincan por doquier, se lucen los sombreros de charro y pasean bien ataviadas las Adelitas, con un moño rojo en sus largas trenzas. Ya a las ocho de la noche todos los lugares están repletos o con reservaciones concertadas; la plaza empieza a llenarse de familias de todos los rincones del país y cuando dan las 10 no cabe en ésta un alma más; hasta dos calles del centro, todos los restaurantes están ocupados. Así llega el momento de la celebración. Entre rechiflas y gritos de “Viva México” inicia la verbena con los fuegos artificiales que distinguen a Tepotzotlán por su creatividad y duración. La música no para de sonar, los bailables transmiten las emociones de los artistas y no tardan en salir los platillos tradicionales que los meseros, haciendo piruetas, pasan entre las mesas. Es el momento de degustar los famosos chiles en nogada, el pozole, los tacos dorados, las tostadas de pata y tinga o las quesadillas de flor de calabaza y de cuitlacoche que nunca faltan en esta época, acompañados de refrescantes bebidas que, si nos excedemos, aturden los sentidos. Ya en nuestras casas, al reflexionar concluimos que este año fue mejor que el anterior.

Con una verbena popular, rica en colorido, música, sabores y trajes típicos, se celebra el 15 de septiembre.

Página anterior: el fervor patrio se manifiesta en la bulliciosa celebración del grito de Independencia. Fotografía: Diego Poot Moreno.



Festividades patronales

El Señor del Nicho

Desde temprano, el último domingo de agosto, los cohetones anuncian el inicio de las festividades del Señor del Nicho, las cuales después de su novenario terminan con una gran fiesta, el primer o el segundo domingo de septiembre, que incluye la quema de castillos y fuegos artificiales en su honor. Así se dibuja una de las celebraciones religiosas más representativas de Tepotzotlán.

El Señor del Nicho es una figura de Jesús crucificado hecha de pasta de caña que fue traída por los jesuitas en 1750 para la Iglesia de Capula. En aquella época se vivía una epidemia de tifo en la zona y ésta cesó con la llegada de la imagen. Por ello fue considerada milagrosa. Posteriormente fue llevada en procesión al Templo de San Pedro, donde se le habilitó un lugar pequeño que parecía un nicho, por lo que los vecinos lo renombraron el Señor del Nicho. Con el tiempo se acondicionó de mejor manera su espacio, el cual fue reinaugurado en 1994 por Manuel Samaniego, primer obispo de Cuautitlán.

Cada año, durante el novenario, esta imagen milagrosa recorre algunos barrios de Tepotzotlán acompañada con música de viento y su paso es anunciado con cohetones, mientras los fieles piden con devoción la buena cosecha. La procesión pasa por calles adornadas con flores y cadenas de papel rojo y blanco, para regresar posteriormente a la Parroquia de San Pedro, ésta engalanada con adornos florales al interior y arcos de flores en su fachada. Su llegada se anuncia con repicar de campanas, cohetones y música de

Con procesiones, cohetes, música y fuegos artificiales el pueblo reitera su devoción a sus santos patronos.

Página anterior: la Presa La Concepción y sus parajes son ideales para disfrutar la naturaleza.



En el territorio tepotzotlense puede practicarse un amplio abanico de actividades al aire libre.

banda. Finalmente, es recibido por los devotos para partir el pan eucarístico.

Por su parte, la feria enriquece la celebración religiosa con juegos mecánicos, donde nunca faltan la rueda de la fortuna, los carros chocones y el carrusel, las canicas, el tiro al blanco y los juegos de azar, que con sus luces y sorpresas conservan la tradición como parte de la cultura de nuestros pueblos.

Cabalgando con Santiago

Al acercarse esta fecha esperada cada año, muchos jinetes se preparan para la cabalgata arreglando sus monturas, limpiando sus estribos, revisando el freno, los cinchos y los herrajes del caballo. Todo se alista para la celebración religiosa de Santiago Apóstol, que marca el inicio de las fiestas patronales de los pueblos. La tradición oral comenta que el poblado de Santiago es seguro, pues todas las noches se oyen los cascos de un caballo recorriendo las calles.

A temprana hora del 19 de julio se empieza a llenar la plaza de jinetes, todos bien ataviados. La imagen de Santiago Apóstol se saca del templo al atrio donde, con repicar de campanas y estruendo de cohetones, inicia el recorrido por todos los barrios de Santiago Cuautlalpan, durante más de seis horas. En la retaguardia marchan los ejidatarios, charros y escaramuzas en más de mil caballos, hasta regresar nuevamente al templo de Cuautlalpan.



Festival de música antigua

Todos los fines de semana de octubre, el Museo Nacional del Virreinato se viste de gala con uno de los mejores festivales de música antigua en México, y no podría tener mejor escenario que el Templo de San Francisco Javier. Con más de 20 años de llevarse a cabo, no deja de sorprender el trabajo de investigadores y grupos musicales de talla internacional por rescatar y transmitir la música antigua, herencia cultural de nuestro país. La expectativa de este festival siempre es alta y nunca ha faltado a su propósito. Todos los años el concierto estelar cierra con gran éxito, así es que los vecinos de Tepetztlán esperamos este evento con gran entusiasmo. Han participado artistas como el actor y cantante Mario Iván Martínez, el maestro Horacio Franco y Antonio Barberena, amigos de Tepetztlán, que garantizan la calidad del festival.

La música antigua, rescatada del olvido, vuelve a sonar en el Templo de San Francisco los fines de semana de octubre.

Página anterior:
detalles del arte barroco
churrigüesco en
el Camarín de la Virgen
de Loreto.



El Camino Real de Tierra Adentro

Con la llegada de las órdenes religiosas a Nueva España y el dominio ideológico a través de la evangelización fueron aprovechadas, con propósitos mercantiles, las rutas de la época prehispánica. De esta manera, con el descubrimiento y la explotación de la plata, principalmente, los conquistadores incrementaron el tránsito y la comercialización de los metales y otros productos en su avanzada hacia el norte, creando en cada sitio un presidio y una misión, los cuales fueron los inicios del asentamiento de las ciudades norteñas. En un primer momento se crearon como defensa militar y posteriormente sirvieron para la colonización y la tarea evangelizadora. Esta comercialización que duró más de 300 años permitió de manera paulatina el desarrollo de la zona norte del país, fortaleciendo intercambios sociales, culturales y religiosos entre la cultura hispánica y las amerindias.

El Camino Real de Tierra Adentro, también llamado Camino Real de la Plata, fue declarado Patrimonio de la Humanidad el 1 de agosto de 2010, en el rubro de Itinerario Cultural, “por testimoniar un importante intercambio de valores humanos a lo largo de un periodo de tiempo en el desarrollo de la arquitectura, las artes monumentales y el urbanismo”. Está integrado por cinco sitios ya inscritos en la lista de Patrimonio Mundial y 55 más a lo largo de mil 400 kilómetros de los 2 mil 900 que comprende el camino, el cual inicia en Ciudad de México y termina en Santa Fe, Nuevo México, en Estados Unidos. Uno de estos sitios, claro está, es el Excolegio Jesuita de Tepotzotlán.

Las rutas prehispánicas fueron el origen del Camino Real de la Plata, Patrimonio de la Humanidad desde 2010.

Página anterior:
la cima de la sierra de Tepotzotlán regala panorámicas sublimes del valle.



Los pueblos altos, una parada obligada

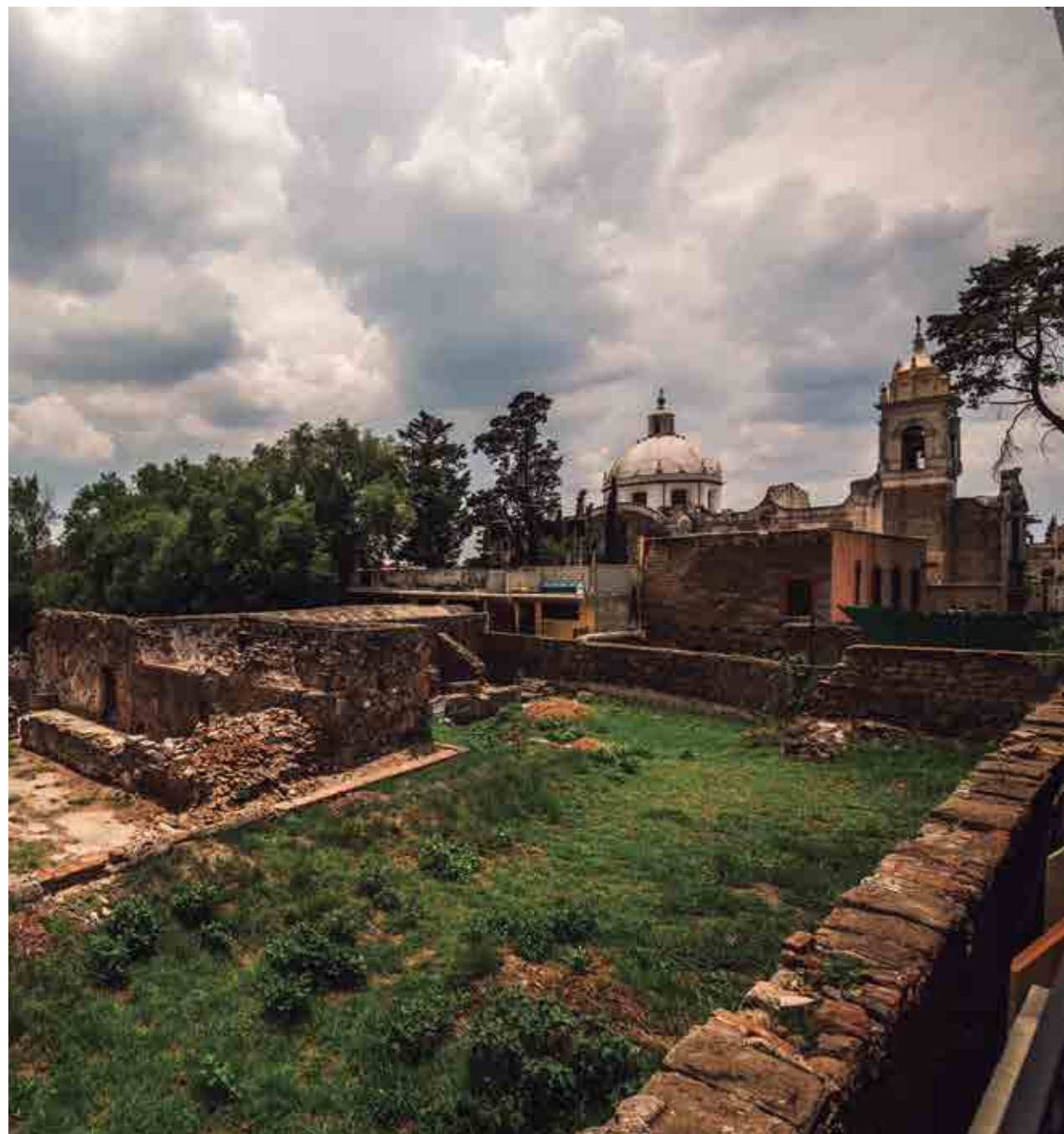
Una vez pormenorizada la visita al Museo Nacional del Virreinato y descritos los principales eventos y celebraciones de Tepotzotlán, seguiremos rumbo a los pueblos altos, pero aún queda tiempo para deleitarse con la oferta gastronómica en los diferentes restaurantes que están frente a la plaza principal y un poco más allá, que se distinguen por la exquisita comida prehispánica, tradicional mexicana e internacional, o para visitar el mercado de comida y disfrutar las famosas quesadillas de cuitlacoche y flor de calabaza. Además, todos los sábados y domingos puede recorrerse la Plaza de las Artesanías, que es un espacio dedicado a la exposición y venta de productos elaborados por artesanos locales y nacionales, o visitar el Jardín del Arte para conocer las expresiones artísticas de la región, y, más tarde, disfrutar de un rico café y de la gran variedad de postres originales.

Todos estos lugares se distinguen por su atención esmerada al visitante y por la calidad de sus productos y servicios, compromisos adquiridos con el nombramiento de Pueblo Mágico, lo que asegura su excelencia.

Como ya anochece, es recomendable hospedarse para estar repuesto y bien despierto al proseguir nuestro camino con el ánimo renovado de disfrutar y conocer más sobre la historia de este bello lugar.

Declarada parque estatal y de preservación ecológica, la sierra de Tepotzotlán es propicia para las actividades al aire libre.

Página anterior:
la reserva ecológica
Xochitla tiene senderos
de ensueño y espacios
para la recreación.



Molinos de Xuchimangas, que eran alimentados por canales de agua rodada.

Página siguiente, izquierda: el modelado de piezas de cartón requiere especial destreza; derecha: en cuanto a comida y bebida, hay variedad para todos los gustos.





San Mateo Xoloc

El salir temprano me da la oportunidad de disfrutar el juego de claroscuros que me obsequia la sierra al amanecer. Durante el recorrido bordeo la sierra de Tepetzotlán. Me doy cuenta de que a pesar de la presión inmobiliaria se ha conservado gran parte de su paisaje natural, que a partir de 1977 mantiene la declaratoria de parque estatal y de preservación ecológica. Actualmente se llevan a cabo actividades de ciclismo de montaña y de atletismo que parten del centro de Tepetzotlán a los Arcos del Sitio.

La primera parada que hago es en el pueblo de San Mateo Xoloc. Este lugar se distingue por su templo franciscano del siglo XVI de estilo herreriano y gótico isabelino del siglo XVIII, construido sobre un teocalli prehispánico de 1531 y que ha conservado una cruz atrial con motivos de la pasión de Cristo. Muchos excursionistas llegan a este poblado para practicar el alpinismo, por su cercanía con el Cerro de la Columna.

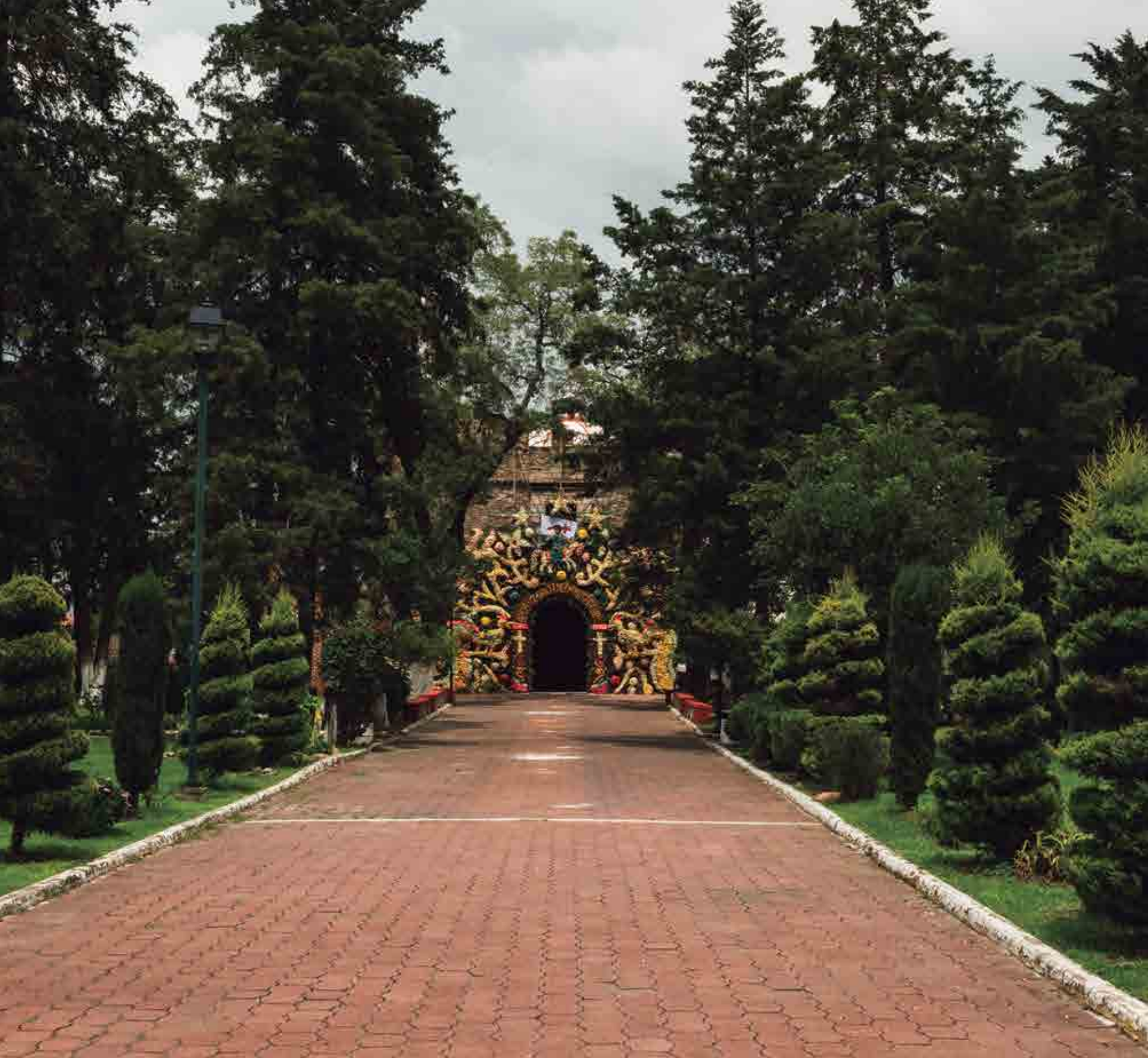
La iglesia de San Mateo Xoloc fue levantada sobre un teocalli prehispánico de 1531.

Página anterior: el pueblo de San Mateo Xoloc, con su iglesia franciscana, es parada de excursionistas y alpinistas.



Izquierda: bajorrelieve de la portada de la iglesia de Xoloc (detalle); derecha: cruz atrial de piedra del templo dedicado a san Mateo.





Santiago Cuautlalpan

La siguiente parada me desvía de la carretera Tepotzotlán-Arcos del Sitio. Me dirijo al pueblo de Santiago Cuautlalpan, que conserva su templo del siglo XVIII. Cuentan los lugareños que los indígenas llevaban la imagen de Santiago Apóstol montado en su blanco corcel de Ciudad de México hacia la zona de Hidalgo y que después de tomar un descanso y beber agua en los manantiales de la zona volvieron por su encomienda para continuar el viaje, pero ya no pudieron levantar la estatua. Supusieron que eso se debía al cansancio y prefirieron dejarlo para el siguiente día. Mas al despertar, dispuestos a cumplir con su encargo, cuando quisieron levantar al santo, éste se volvía más pesado a cada intento. Pensaron entonces que de esta manera la imagen les comunicaba que había llegado a su destino. Y aquí se quedó. A partir de la llegada de Santiago Apóstol a la región, los días de fiesta en este lugar se distinguen por la celebración del santo patrono, que siempre va acompañada de eventos culturales de gran calidad.

En Cuautlalpan, durante las festividades de Santiago Apóstol se llevan a cabo diversos eventos culturales.

Página anterior:
según los lugareños,
Santiago Apóstol quiso
que su imagen fuera
venerada en este lugar.



Retablo de la iglesia
de Cuautlalpan.

Página siguiente:
capilla en honor
del apóstol Santiago.





Hacienda La Concepción

Retomo el camino. No puedo pasar por alto una visita a la Hacienda La Concepción, enclavada en la cortina de la Presa La Concepción. En este lugar, nos cuenta su actual propietario, después de la ceremonia del matrimonio civil entre Hilda Gadea Acosta y Ernesto Guevara de la Serna —sí, el Che Guevara— en Tepetzotlán, el 18 de agosto de 1955 —en la que firmó como testigo el doctor Alberto Martínez Lozano, vecino de Tepetzotlán y compañero del Che en el Hospital General de México—, celebraron en la troje de la hacienda su fiesta de unión. La finca, de herencia jesuita del siglo XVIII, pierde en el tiempo el nombre de sus propietarios, pero se sabe que a finales del siglo XIX la adquiere la familia Carranco y luego la abandona para atender su hacienda de Tlaxcala dedicada a la crianza de toros de lidia. No obstante, pese al transcurrir de los años y a los altibajos de su historia, La Concepción conservó sus paredones y su claustro.

Cuenta el dueño de la propiedad que, en cierta ocasión, presente en una conferencia de desarrollo económico en Toluca, salió del salón en busca de un refrigerio y en la barra platicó con una dama mayor que había asistido a la misma reunión. Resultó que ella quería vender una hacienda que tenía por el norte de Ciudad de México. Entonces él comentó, a su vez, que su familia había poseído una finca localizada al norte de la capital, y cuando preguntó a la dama el nombre de la hacienda, ella contestó que se llamaba La Concepción. Él dijo “qué coincidencia, la de mi familia también se llamaba La Concepción”. El hombre quería recuperarla por razones sentimentales, pues había jugado de

El rescate y la restauración de la hacienda, una finca jesuita del siglo XVIII, le valió a su propietario un premio nacional.

Página anterior: impresionante vestíbulo de acceso al patio de eventos de la hacienda.



niño en esa hacienda, así que cuando la dama le dio a conocer la ubicación y cayeron en la cuenta de que estaban hablando de la misma propiedad, ella le dijo “se la vendo” y él respondió en automático “se la compro”. Repitieron varias veces eso de “se la vendo” y “se la compro”, lo que les resultó cómico. Él no cabía en sí de emoción y vendió todo cuanto pudo para recuperarla. Sin embargo, su primera visita después de adquirirla fue desoladora, pues encontró la hierba con más de dos metros de altura y algunos paredones perforados o caídos. Pero la levantó de nuevo. Su rescate le valió el Premio Nacional de Restauración por parte del Centro INAH Estado de México. Actualmente es un centro para eventos sociales y empresariales —como bodas, seminarios, etcétera—, con tal demanda que requiere año y medio de reservación. La hacienda conserva un paisaje natural extraordinario y un sabino de más de 600 años.

Página anterior:
grato patio interior
del inmueble de larga
historia.

La finca conserva sus
paredones y su claustro
originales.



Presa La Concepción

Acelero el paso para visitar la Presa La Concepción, construida en la década de los cuarenta, que en su momento sirvió para contener el agua que bajaba de los cerros e inundaba las tierras bajas, provocando daños en las poblaciones de Tepetzotlán, Cuautitlán y Teoloyucan. Con el tiempo se convirtió en un punto de referencia atractivo donde se dan cita gran número de visitantes deseosos de tener contacto con la naturaleza. Este sitio cuenta con un mirador tan propicio para la contemplación que es cómplice de admirables regalos para la vista, lleno de colores y sonidos que sin duda alimentan el alma. Hoy es protegido por ejidatarios que son responsables de su conservación.

Fue construida en los años cuarenta para contener las aguas que inundaban las tierras bajas.

Página anterior:
la presa y sus parajes
ribereños son un gran
atractivo para
el turismo.



Arcos del Sitio

Inicio el ascenso por carretera para llegar a uno de los puntos más atractivos e interesantes de Tepetzotlán. Al acercarme, el paisaje me envuelve entre planicies y cañadas. Sobresalen los encinares como buscando la luz con timidez. En el recorrido, el monumento aparece y desaparece entre los cerros, esquivo, acaso preparándose para el encuentro, y al final del camino se muestra pleno, como si diera continuidad a la senda, tejiendo su paso en la cañada. Así se presenta ante mí uno de los acueductos más altos de América Latina, obra maestra de la ingeniería hidráulica de los jesuitas, denominado Acueducto de Xalpa, mejor conocido como Arcos del Sitio; el vital líquido recorría más de 40 kilómetros para llegar desde el río del Oro hasta la Hacienda de Xalpa.

Víctor Vargas, cronista de los pueblos altos de Tepetzotlán, explica que la construcción del monumento se inició a principios del siglo XVIII, dirigida por los padres Pedro Beristáin, Pedro Sobrino y Santiago Castaño. Tras la expulsión de los jesuitas, el proyecto fue abandonado. Fue hasta 1854 que se retomó y se concluyó por mandato de don Manuel Romero de Terreros, tercer conde de Regla, quien recibió en herencia la Hacienda de Xalpa. El acueducto, de cuatro niveles con 43 arcos, 483 metros de largo y 61 metros de altura, es considerado uno de los más bellos del país. La intervención oportuna para su conservación por parte del INAH dio paso a la creación de un parque ecológico y de educación ambiental bajo el resguardo del comisariado ejidal de Magú.

Los jesuitas iniciaron la construcción del acueducto a principios del siglo XVIII; lo concluyó en 1854 el heredero de la Hacienda de Xalpa.

Página anterior:
al cruzar la cañada,
el célebre acueducto
tiene cuatro niveles
de arcos.



Hacienda de Lanzarote

Comienzo el retorno desviándome a la Hacienda de Lanzarote. A mi llegada, el paisaje perfila el cerro de tres cabezas que me obliga a detenerme para sumar los recuerdos en imágenes; al descender a la cañada aparece ante mí el famoso sabino. De este árbol, viejo del agua, *ahuehuetl*, en náhuatl, de más de 600 años y de 50 metros de altura, emana agua cristalina que brota de entre sus raíces y abastece a un grupo de albercas, ideales para regocijarse todos los fines de semana.

Feliz y agotado vuelvo al centro de Tepotztlán para, acompañado de música en vivo en alguno de los amenos restaurantes bar, disfrutar de una rica cena y un descanso bien merecido.

En terrenos de la hacienda, al fondo de la cañada se yergue un majestuoso ahuehuate de más de seis siglos.

Página anterior:
en Tepotztlán abundan
sitios encantadores
para los paseantes.



Parque Ecológico Xochitla

Despierto con hambre y entusiasmado parto para conocer uno de los proyectos más interesantes de la región en temas sostenibles. Al ingresar al parque, entre árboles de liquidámbar, inmediatamente crecen mis expectativas. Al pasar por las taquillas el espectáculo inicia, pues revolotean cientos de pequeñas mariposas blancas sobre los jardines repletos de mastuerzos, acentuados por andadores enmarcados por magnolias que me dirigen a la fuente de la vida para disfrutar de los productos de la huerta en el desayuno.

La caminata se hace indispensable para admirar los cuadros de jardines, el andador de ahuehuetes que remata con la escultura monumental del artista mexicano Juan Soriano, así como los proyectos de educación ambiental y sus juegos infantiles.

El Parque Ecológico Xochitla, con más de 25 años de haber sido creado, ha implementado un proyecto de preservación ecológica en una zona de alta presión urbana.

En lo que fuera inicialmente un rancho lechero, casco de hacienda, trojes y granero, y posteriormente un club de tenis, surgió, bajo la visión de sus propietarios, el proyecto y rescate ecológico Xochitla; éste se convirtió en un referente nacional por su jardín botánico, el cual integra el jardín de plantas acuáticas, que rescata la vegetación que existía en el Valle de México.

Enfatiza en las especies endémicas y de importancia ecológica, la colección de bosque templado formado por más de 400 especies de encinos, pinos, cedros y tepozanes. Con arbustos como el tlacote, perlitas y escobillas,

A más de 25 años de haber sido creado, el parque tiene en su jardín botánico un referente nacional.

Página anterior: en el Parque Xochitla se preserva vegetación endémica del Valle de México.



el bosque de encinos tiene más de 19 especies del país y las colecciones de la flor nacional, la dalia, además de las agaváceas, que en conjunto se convirtió en refugio de fauna nativa.

Página anterior:
el lugar cuenta con
un lago artificial
de plantas acuáticas
y arboretum.

El cuidado de
la naturaleza es
benéfico para todos.



Festival de las Flores

Por cuarto año, el Parque Ecológico Xochitla llevó a efecto uno de sus proyectos más emblemáticos, el Festival de las Flores, el cual integra varias actividades que crean una experiencia llena de colorido y sabor. Empieza con un recorrido por los jardines con la muestra de la colección de dalias, el jardín de flores prehispánicas o las de color, la alfombra monumental que ocupa más de 2 mil 700 metros cuadrados, en cuya elaboración los visitantes participamos bajo la supervisión de maestros alfombristas de Huamantla.

Una vez agotados y asoleados, el chef nos invita a degustar platillos elaborados con flores, entre otros manjares de la exquisita gastronomía mexicana, mientras nuestros hijos aprenden en el taller sobre el manejo y cuidado de flores y plantas. Una experiencia inolvidable que nutre el alma.

Platillos de flores y otros manjares se pueden degustar durante el festival, todo un halago a los sentidos.

Página anterior:
las diversas actividades del festival aumentan el colorido del parque.



Palabras finales

Tepotztlán se ha distinguido a través de los años por la conservación de su patrimonio histórico y natural, refugio idóneo para que mujeres y hombres construyeran un lugar único, inigualable, forjador de hombres de fe inquebrantable, con iniciativa y talento que nos heredaron su pasión en obras de arte de inestimable valor cultural para las futuras generaciones y de formas y colores de su medio ambiente. Espero que este recorrido con mis ojos y mis emociones sirvan de invitación fraternal a todos. Los esperamos con los brazos abiertos.



Página anterior:
diferentes aspectos
que caracterizan la
cotidianidad de este
pueblo turístico.

Página siguiente:
detalle cromático
de cartonería.

Páginas 114-115:
el amplio mirador
del museo permite
una vasta panorámica.

Página 116: las plantas
acuáticas medran
en el lago.



Fuentes consultadas

Alfaro, Alonso. “Arte y espiritualidad jesuitas”, Las formas del espíritu, revista *Artes de México*, núm. 70, 2004.

Carrasco Franco, Germán. *Tepotzotlán, joya del México colonial: libro de fotografías*, 1993.

Cedillo Vargas, Reina. Informe de las exploraciones arqueológicas del Museo Nacional del Virreinato en Tepotzotlán.

<http://radiobuap.com/2016/01/los-jesuitas-en-la-nueva-espana/>

https://www.ewtn.com/spanish/saints/ignacio_de_loyola.htm

<https://www.biografiasyvidas.com/biografia/i/ignacio.htm>

González Marmolejo, Jorge René. *De la opulencia a la precariedad: La historia del ex Colegio jesuita de San Francisco Javier de Tepotzotlán, 1777-1950*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2018.

León-Portilla, Miguel. “Los jesuitas y las lenguas indígenas en México”, revista *Artes de México*, núm. 82, 2005.

Martí Cotarelo, Mónica. “Arquitectura jesuita para la formación: noviciado y juniorado en el colegio de Tepotzotlán”, *Dimensión Antropológica*, vol. 49, mayo-agosto, 2010, pp. 43-89. Disponible en <http://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/?p=4860>

_____. “Los planteamientos de las congregaciones generales de la Compañía de Jesús en la arquitectura del Colegio jesuita

de Tepotzotlán”, 2014. Disponible en <http://www.academica.org/000-008/671>

Neri Vargas, Gaudencio. *Tepotzotlán, La crónica de mi pueblo, Testimonio de la historia*, Asociación Mexicana de Cronistas Municipales, A. C., 1996.

Serrano Barquín, Héctor. “Recintos monásticos de los siglos XVI y XVII: Cárceles libertarias”, revista *La Colmena*, 1995.

“Tesoros FAHHO: Arte de la lengua mexicana de Horacio Carochi (1645)”, Michael Swanton, FAHHO, 2015-01-15. Disponible en <https://fahho.mx/blog/2015/01/15/tesoros-fahho-arte-de-la-lengua-mexicana-de-horacio-carochi-1645/>

Tovar de Teresa, Guillermo. “La Iglesia de San Francisco Xavier en Tepotzotlán; eco de la vida artística de México en los siglos XVII y XVIII”, s/f. Disponible en <https://juanbartigas.files.wordpress.com/2012/05/5-la-iglesia-de-san-francisco-xavier-de-tepotzotlc3a1n-eco-de-la-vida-artistica-de-la-cuidad-de-mc3a9xico-en-los-si.pdf>.

Vargas Muñoz, Mario. *Un museo, una historia, 50 aniversario del Museo Nacional del Virreinato*, Conaculta/INAH-Méx, 2014.





Índice

9	Presentación	81	El Camino Real de Tierra Adentro
13	Introducción	83	Los pueblos altos, una parada obligada
17	El Colegio Jesuita, Patrimonio de la Humanidad	87	San Mateo Xoloc
21	Antecedentes históricos	91	Santiago Cuautlalpan
25	El Colegio de Novicios	95	Hacienda La Concepción
65	Las famosas pastorelas	99	Presa La Concepción
69	La ofrenda monumental Una fiesta mágica en un Pueblo Mágico	101	Arcos del Sitio
73	Fiestas patrias	103	Hacienda de Lanzarote
75	Festividades patronales	105	Parque Ecológico Xochitla
75	El Señor del Nicho	109	Festival de las Flores
77	Cabalgando con Santiago	111	Palabras finales
79	Festival de música antigua	113	Fuentes consultadas



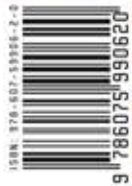
Tepozotlán. Arte en piedra y madera, esplendor del barroco churrigüesco, de Diego Alberto Poot Grajales, se terminó de editar en septiembre de 2023. Para su formación se usó la familia tipográfica Leitura, de Dino dos Santos, de la Fundidora DStype. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Adriana Juárez Manríquez. Formación, diagramación y diseño de portada: J. Daniel Pichardo Vargas. Corrección de estilo y cuidado de la edición: José C. Núñez Fernández y César Alan Malvárez Hernández. Editor responsable: Alejandro Pérez Sáez.



Tepotztlán ofrece un recorrido por un lugar extraordinario. Este Pueblo Mágico cuenta con un vasto legado arquitectónico de gran belleza y se distingue por su riqueza natural y cultural. Escrito a manera de visita guiada, en el presente volumen se conjugan historia, arte, gastronomía y sabor de provincia que despiertan el interés del lector por conocer esta región mexiquense.

Sin duda, constituye el centro de su atractivo el conjunto conventual de lo que fuera el Colegio Jesuita, hoy Museo Nacional del Virreinato, el arte en piedra y madera ahí plasmado por generaciones de artistas y artesanos, esplendor del barroco churrigüeresco y evidencia de un pasado deslumbrante. Además, tiene otros lugares, como el Acueducto de Xalpa, atrayentes por sí mismos. Pero Tepotztlán es más. Es tradiciones y cultura viva que en diferentes épocas del año convocan a los visitantes a disfrutar de las manifestaciones que han definido y reafirman el carácter de esta población.

DIEGO ALBERTO POOT GRAJALES, originario de Ciudad de México, es arquitecto egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México. Cuenta con estudios de maestría en Diseño Arquitectónico, Investigación y Docencia, así como en Gestión de Destinos Turísticos, promovida por la Universidad Anáhuac y la Organización Mundial del Turismo. Ha publicado tres boletines y una gaceta, además del libro *Memorias de un Pueblo Mágico*, en colaboración con Gaudencio Neri Vargas, quien fuera cronista municipal de Tepotztlán, para la celebración del décimo aniversario como Pueblo Mágico, en 2012.



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

